

LA DEMOCRACIA
Y
LA REVOLUCION

Mucho más fácil traer al derecho y al gobierno las democracias, que en el derecho y en el gobierno conservarlas. Cien dolorosos recuerdos nos muestran la insuficiencia del genio y de la virtud para establecerlos, cuando no han adivinado a tiempo y con oportunidad, cuando, aun después de adivinados, no han encontrado un medio ambiente adaptable a sus condiciones y a su naturaleza. La sociedad nunca dió de sí una generación, como la elevada, en momento inolvidable, al estado de los Congresos y al gobierno de los pueblos por el año cuarenta y ocho, cuya fulguración de ideas y cuyo calor de vida no tiene antecedentes, ni tendrá consiguientes análogos por toda una eternidad. Los renovadores de Ríenzi en el Foro, que parecían producto de las tres capitalistas edades del mundo romano, la Antigüedad, el Catolicismo, el Renacimiento; los revolucionarios franceses, dirigidos por Lamartine, que llevaban la palabra de Demóstenes en los labios y el arpa de Isaías en las manos; aquellos sacerdotes germánicos del ideal, adscritos a las Universidades y absortos sobre sus libros, por el estridente clarín de la revolución llamados al combate y al trabajo, antes ascetas, luego legisladores; los héroes en armas sobre las barricadas de Viena, cuya sublimidad rehacía al Etna legendario, poblado de titanes y Rocelados, arrojando lavas y desahogando rayos; los muertos ante las aras de Polonia, redivivos, como Lázaro, a comprobar en los redentores revolucionarios el don de los milagros que parecía exclusivo, de los redentores religiosos, las legiones de Hungría, reunidas bajo el mismo caballero común de sus predecesores, las que salvaron de los turcos al continente cristiano; el espíritu de sus diversas Repúblicas batiendo las alas sobre las lago de Venecia, sobre los jardines de Toscana, sobre las ruinas de Roma, ofrecieron un ejemplo de virtudes creadoras, un espectáculo de inspiraciones estéticas, una enseñanza de moral colectiva, como, ya lo he dicho, jamás se habían visto, y como creí ármata jamás volvería a verse ya sobre nuestro miserable planeta. Blunt en Austria, Schurz en Alemania, Kossuth en Hungría, Orsini y Alad en España, Manin en Venecia, Mazzini con Garibaldi en Roma, Carlos Alberto en Milán, Posio en Nápoles, Montanelli en Florencia y Lamartine en Francia, cual maravillosa legión de hombres superiores, ante los cuales no está uno se que admirarse más, si de la inteligencia con todos los estros del genio, si de la firmeza con todos los esfuerzos del heroísmo, si de la virtud exaltada en su nativa intemperancia hasta los holocaustos del martirio. No se reunían en generación alguna tantas prendas, pues todos ellos, después de sus respectivas simultáneas derrotas, ni encontrarse prescriptos y condenados a muerte, estaban en la desnudez y en la miseria, trayendo sobre sus manos las manchas de sangre, tendidas en ellos por las batallas y por los sacrificios, pero ni una gota del sudor de los pueblos, ni una partícula del tesoro de los Estados, ni una granjería insignificante, cual suelen los despótas en sus destronamientos. Y, sin embargo, el genio, el heroísmo, el martirio, el honor, el sacrificio qué hieran de sí? Una inmensa catástrofe. La democracia no pudo en parte ninguna alzarse, por justa, por valerosa, por honrada, por genial que fuera, del acorralado fulminado sobre su frente por la Providencia; y al año, a los dos años, extendiéndose much, de su victo-ia, no había quedado un solo gobierno democrático en pie, de aquellos, e por su compresión y por su carácter, parecían eternamente como luminarias gozosas en los cielos del tiempo, inspirando a la tierra y a la humanidad el culto alcanzado siempre por los reveladores y por los mártires.

¿Por cuál causa, tenía ó motivo la democracia se melórgó entonces en todas partes? Pues por el carácter verdaderamente revolucionario que trajo consigo á la vida. Las revoluciones inventan, pero no organizan, son muy buenas para revelar, son muy buenas para combalir, son muy buenas para inspirar otros sentimientos, son muy buenas para difundir principios nuevos, salvadores, santos en las cumbres de un Sinaí estremecido al fulgor del tonante relámpago: pero muy malas para gobernar. ¿Quién se llevaría una Pitagora, o el secudimiento nervioso de la ineptitud, tras las epilepsias prestadas á sus músculos por las fórmulas stibílicas que ha inspirado el oráculo á sus labios vibrantes. ¿Quién se la llevaría de ama de llaves á su hogar, si trataba de tenerlo bien arreglado y con buen gusto? Por esta razón ó causa, ja más hubo revolución en el mundo sin la subsecuente y necesaria reacción. Con una sola recordada, en la cual no hubierasuecido á esto, entre las múltiples revoluciones modernas de Europa, daría mi brazo á trocar. Pero no hay un ejemplo: dejando aparte las revoluciones de Suiza y los Países Bajos: la primera, esencialmente política, la revolución inglesa, concluyó por una restauración; la revolución francesa por un imperio y por una restauración; las mismas revoluciones americanas por dictadores muy parecidos á los antiguos Césares, y mecho más despotas en ocasiones que los expulsados virreyes. Quíen dice revolución, dice también exceso; y tñ en exceso trae aparejada una reacción. ¿Podinos nosotros evitar que la revolución del veinte trajes: aparejada la reacción del veintitres; que la revolución del cuarenta la reacción del cuarenta y tres; que la revolución del cincuenta y cuatro la reacción del cincuenta y seis; que la revolución del sesenta y ocho la reacción del setenta y cinco? Pues

la repetición de un hecho tantas veces y por tan varios modos persuadidos á creer que obedecen los repetidos y multiplicados al imperio de una ley, contra la cual nada pueden las volúntades individuales de los grandes hombres; ni la voluntad colectiva de los grandes paridos. Y se puede perdonar el bulto por el consorcio. Se puede perdonar el regocijo de un día creador y fausto, como el día revolucionario, por aquel otro nefasto que le rubicaba, por el día de las reacciones. Yo de mí so decir que prefiero la muerte á pasar de nuevo por las triestezas de mi ánimo á las horas apocalípticas en que tantas veces han dejado mis ojos de sentir sobre sus retinas la luz y sobre sus párpados el calor de la libertad. Créame los lectores; no pueden eximirse los pueblos, no, de las leyes sociales, como no pueden eximirse los cuerpos de las leyes físicas. Créame: así como en el Q33a no á un violento hujó sucede un violentísimo reflujo, en las sociedades, á una violenta revolución sucede una reacción violentísima. Y sucede, repito, porque así lo manda una ley, tan ignorada de nosotros en su esencia, como lo fueran las leyes del fluido eléctrico hace dos siglos, pero tan cumplidora y tan rigurosa como éstas, iguales hoy en sus efectos á los experimentos cuando eran desconocidas sus causas. No por otro camino que por sus observaciones experimentales de la repetición del hecho experimentado, encontré el humano saber todas las leyes, á que obedecen los fenómenos. Viendo repetidos los caracteres de un individuo en los análogos, ha clasificado las especies varias; y viendo los hechos particulares, ha proclamado los principios físicos. Pues bien; en virtud y por obra de tal observación, yo, inserto en las escuelas progresivas desde mi niñez, declaro que una revolución ahora en España, dejando aparte las violencias y las calamidades consiguientes á ella, resultaría, por fuerza lógica, superior á la voluntad individual, movimiento de torca atrás tan fuerte, como fuerte apreciara el movimiento impulsivo hacia todos los progresos.

III

No temamos que vengan las reacciones, por motivo bien simple y natural, porque no acordamos que vengan las revoluciones. Y no vienen estas, á causa de haber pasado ya las sociedades modernas y democráticas por el período revolucionario, como ha pasado la tierra de que nos alimentamos y en que vivimos por los períodos glaciares, por los períodos jurásicos, por los períodos carboníferos, por otros muchos períodos, á los cuales no volveremos en las sucesivas evoluciones del planeta, sino allí, cuando sobrevenga la catástrofe lejalisima de su acabamiento y extinción, ó por bajas terribles del fuego central, ó por desmayos del sol sustentador, ó por choques con cuerpos celestes, que si las hipótesis astronómicas no declaran imposibles del todo, declaran improbables ó inciertos. Y vengo á decir esto, para demostrar que así como la tierra, en que nuestro cuerpo se alimenta, no puede volver á períodos tan revolucionarios, como el período, por ejemplo, de Volcano y los Titanes, tampoco la sociedad, en que nuestro espíritu se alimenta, puede volver al período volcánico de Cronwell, de Daron, de Riego, de Prim, de Serrano, de los, casi fabulosos ya, titanes revolucionarios. Hemos pasado del período heroico de la democracia, exclamaba con dolor Gambetta, poco antes del 4 de Septiembre; y, con efecto, á pesar de una emigración martir, á pesar de las legiones republicanas donde se contaban héroes como Barbe y Charnas, á pesar de sacrificios como los inmortales del casi heleno Florencia; la República no apareció, sino cuando la mayor parte de los héroes franceses habían gloriosamente muerto en las fronteras y estaba el emperador preso y el ejército roto, impuesta por la necesidad social y no ganada por combates de los republicanos. La revolución violenta sólo se engañará la comunidad revolucionaria, cuyos excesos estuvieron á punto de hacer dar á Francia el salto atrás hacia la monarquía, que la Cámara Versallesa hubiera seguramente restablecido, si el último de los

biera sabido mejor que sus partidarios lo fu-
gaza de una restauración borbonica y no hu-
biera o vuelto las esperanzas y aspiraciones
de su dinastia en el secular sudario de la
bandera blanca. Imaginar que nosotros, los
enemigos desde 1870 de todas las revolucio-
nes, somos la causa del malogro y desapari-
cion de tan grande fenomeno social, acaba-
do por decretos de la Providencia y por acre-
centamiento de nuestro derecho, equivale a
imaginar que iaerian esa revolucion misma,
del todo acabada, un primero de año cual-
quiera, los honrados y tenaces progresistas
mexicanos, cuyas esperanzas designan a su
jefe Presidente de la cercana Republica, por
virtud y obra de proxima revolucion, la
cual no llegará nunca, como nunca llega,
nunca jamás a la Sinagoga del prometido por
las escrituras e instantemente aguardado Me-
sias. Y sucede todo esto, porque se acaba y
extingue la especie revolucionaria en el me-
dio ambiente social, a causa de su completa
infutilidad para los humanos progresos, como
se ha visto en los enormes conaseguidores por
la paz durante los últimos lustros, sin dispa-
rar un tiro, ni pedir una gota de sangre a
las venas de los conatinados, ni una lágrima
de sentimiento a los ojos de las mujeres.
Y la prueba de que todo está hecho, daia
emissico jefe de la especie progresista revolucio-
naria, publicando un manifesto, en cu-
ya primera parte se anade cosa ninguna de
sustancia y luego para el advenimiento de su
partido, según afirma con fundada razón y
motivo, no me atrevo a llamarle su correligio-
nario, tampoco me atrevo a llamarla su
enemigo, su eterno e incompatible contradic-
tor, el jefe y cabeza de la Republica Federal.
¡Ah! El Redentor no ha venido, como creían
los judios que ha de venir, por lo que sabe-
mos ya los cristianos, porque la redención
está hecha; y la democracia, con sus dere-
chos individuales, en Jurado, su libertad de

pensamiento y de creencia, su sufragio universal, advenida, organizada, victoriosa se halla. Yo, en mi alcázar de todos los partidos; desde mi casa, donde me he encerrado, por no tener nada que labantar ni que hacer en el esfuerzo diario; simulo publicista en mi vejez, como simple publicista fuer en mi mocedad; sin aspirar al ejercicio del gobierno que detesto, y sin volver al Parlamento, cuyo puesto tengo reanunciado hace cuatro años, ya separadísimo de la tribuna y de la prensa, declaro saber la realidad sobrepajada a las esperanzas, con [que yo] entraré en el primer Congreso de la Restauración, encontrándome en plena democracia.

IV

La revolución desaparece, como muestran los hechos, por inocencia ía. Y la sociedad se asemeja mucho á la naturaleza en su implacable crueldad para suprimir todo aquello que no necesita. Mirad las revoluciones geológicas, y veréis su acción con las revoluciones sociales para persuitivas á la creación de que unas y otras se hallan fuera del alcance de nuestra voluntad. En el período glaciario estubo España, con lo mostraban las piedras erráticas, semejantes á dolmenes, designadas por españoles suyos, á donde se hallan los abrigados cañigeros, los bayes de los hielos eternos, que se debieron pasar un día por nuestras hoy abrasadas Castillas? Pues allá en la Escandinavia, cerca, muy cerca del Polo. Y lo mismo en Inglaterra su casería. Cuando atravesé por el período carbonífero, que le ha prestado esa hulla, de cuyo rodivivo calor se alimenta el movimiento industrial, habría palmerales, cocoteros, titánicos carbos, helechos arboreoscentes, llanos colgados de los ramos, una y getanura tropical. ¿Dónde se hallan estas vírgenes selvas, parecidas en sus exuberancias á los edenes de las religiones? Pues en las tierras del Paraguay á en las orillas del Amazonas. Todas las máquinas industriales de Inglaterra no podrían reverdecirlas y reanimarlas: están petrificadas. Pues á la manera que cuando una especie desaparece de suyo en la tierra, no vuelve jamás á reaparecer; cuando una especie desaparece de suyo en la política, no reaparece jamás. Yo conozco la diferencia existente hoy entre la democracia revolucionaria y la democracia pacífica, porque yo he pertenecido á las dos, habiendo comenzado desde niño mi trabajo social, en cuyas contemplaciones ahora me buslo y me recreo. ¿Cuál diferencia! ¿Dónde se hallan aquellos emigrados de todas las naciones, frascases, rénetos, alemanes, húngaros, que desdeñan en los aires la electricidad revolucionaria? En el Gobierno. Spuller, Miguel, Cernpi, Kalkony, no me dé á mí mentir. ¿Dónde se hallan Prim, Topeta, Serrano, aquellos famosos caballeros de la grandiosa revolución española? Tan metidos dentro de tierra, que casi les ha olvidado la generación joven, usufructuaria de su obra, con verdaderas ingratitude. Cuando nosotros intentábamos la revolución de veras, jamás nos permitíanos tregua ni descanso. Las gentes de acción, como se dice ahora, eran la máquina; y la gente de pluma y de palabra llevábamos á esa máquina el vapor de nuestras ideas y el verbo de nuestros labios. ¿Quién se arrestaría hoy á escribir «El Rasgo»? ¿Cuál eco tendrían hoy las inmortales «Meditaciones» de Lorenzato? ¿Cuánto se varía y se desearía quien intan-

baste poner en un folleto-problema, como la "Fórmula del progreso", las reformas progresivas por cumplir? Tendría que demandar auxilio al socialismo, al federalismo, al anarquismo, a ese regreso hacia lo pasado, que hay en los dogmas y en los principios de todas las escuelas revolucionarias. Cuando la revolución tenía que hacer, hasta los más conservadores dentro de la democracia, éramos verdaderamente revolucionarios; cuando la revolución no tiene nada que hacer, hasta los más revolucionarios dentro de la democracia son verdaderamente conservadores. Nosotros, en el trabajo de las conjunciones, no sosteníamos el tiquis miquis de la revolución circunstancial para procurarse la popularidad que trae aparejada la característica de revolucionario con la tranquilidad que trae aparejada la característica de conservador. Nosotros, en las verdaderas conspiraciones del tiempo viejo, ni atados hubiéramos ido a las Cortes, y deseábamos ser diputados, como el dices, en política cualquier vecino, sobre todo si es joven y tiene la robustez indispensable para un arte como la oratoria, del cual arte yo también, antes que las fuerzas me abandonen, heme despedido ya para siempre. Nosotros, cuando atizábamos las conspiraciones, jamás nos veíamos dolorosamente sorprendidos de su aguardada erujición; por lo contrario, entre dos estallidos nos extrañaba y sorprende, en la impaciencia del desen, que tardase tanto el de antiguo y con ahínco preparado. Ahora sucede de todo lo contrario. Ahora la revolución se contiene toda entera en discursos de Congreso y artículos de periódico. Así, una vez que cierto amigo mío, muy bueno y muy elocuente, se dejó decir por el mes de Junio en las Cortes restauradoras esta frase: «A la revolución voy...» «¿Qué ha de ir usted a la revolución?—le dije yo.—Se irá usted a los baños...» Y con efecto, a los baños se fue. El veintidos de Junio de mil ochocientos sesenta y seis, no fuimos nosotros a los baños.

V

Debemos decirlo en puridad y con toda franqueza: el único revolucionario superviviente a la extinción de las revoluciones ya en España es el jefe de los republicanos progresistas. A él y únicamente a él ese dictado le cuadra y corresponde. A Salmerón, Pi, Pe, dragal, Azcarate y demás coligados revolucionarios, identificados casi con Zorrilla, les gusta la revolución casi tanto como me gusta en este momento a mí; solo que no tienen la franqueza de confesarlo como yo lo confieso. Y ved la fuerza del ambiente, de lo colectivo, de lo que llamaremos inconsciencia por hablar al uso: la postrer carta del jefe de los progresistas aparece casi a mis ojos cual

una de las obras más antirevolucionarias que se han dado a la estampa en los últimos tiempos. No merece otro calificativo, no manifiesta que, frente a los krausistas, sea hacia lenguas del Papa; frente de los federalistas, del ejército. Así, aparte la impaciencia por la revolución, que sólo prueba la eterna paciencia del ilustre revolucionario, y agra la los deseos vehementísimos por ver a fin, muy temprano, en el primer esbozo de alba la República, que puede aguardar mucho tiempo sin de trimento de su juventud, cualquier empujón democrático conservador. Hmarias es manifiesto. Sin embargo, a León XIII no empujaron a los que pactaron, en ocasión inolvidable, con Pio IX la inteligencia, rota por los progresistas, entre la democracia española y la Iglesia Católica. ¿Cuál de los gobiernos revolucionarios pactó con la Santa Sede? Ninguno en verdad: ni aun aquellos de que formaban parte antiguos y temerosos conservadores. La renouación de las relaciones entre los gobiernos democráticos y la Santa Sede, política, obra de un ministerio posibilista. Si hubiera necesidad absoluta de arriesgarse a la campaña emprendida con tan críminales seguros por los radicales franceses contra el Catolicismo, es decir, contra la religión del pueblo, habría que dejar el empeño a la fe de los federales, el único de los demócratas, ya monárquico, ya no más que, bastaría arrestado para atravesar a esa obra de organizar los cantones y desorganizar los cabildos. Y no quiero hablar al jefe revolucionario de los albanos, sino a los posibilistas del ejército, por lo cual pueden estos pedir con autoridad su transformación por medio de grandes reservas en aquel ejército de seguridad nacional, ya que ejército, no de ofensa, de continua defensa, como habrán de adoptar pronto por necesidad, todas las naciones europeas. Creame a mí mismo, pues, el más conservador en materias militares de todos los estadistas españoles, pues yo nutrí las reservas; llamé los contingentes abandonados por todos mis predecesores, reorganicé el arma de artillería, di vuelta por un ministerio progresista; restablecí la pena de muerte, para rebajar la ordenanza y restaurar la disciplina, formando un medio del desastre horrible de todas las naciones concurridas en mi daño, el prototipo más necesario, a cuyo rededor habían de organizarse las fuerzas que acabaron luego con los ejércitos catalanes y con los ejércitos carlistas y con los ejércitos filibusteros. Así, hace pocos días, hablando de lo mal que hiciera Clemenceau al echar a Crispien para el haberse pasado a la monarquía, exclamaba yo en letras de molde: «no me enteraría yo sólo que se atravesara Clemenceau. No puede, no, ni extrañarme, que haya por mí ochocientos cincuenta y nueve Crispien, en defensa de Italia, transigido con el rey, cuando yo, por mí ochocientos setenta y tres, en defensa de España, tuve que transigir con el verdugo. Así yo lo digo al noble, al súbdito, al honrado, al heroico, al mártir ejército español, al prototipo de todas las virtudes militares, lo mejor de la Patria, al más envidiable y más envidiado de nuestros institutos, pues en la manigua, salvó nuestra integridad nacional y en el Pirineo, nuestras libertades ya inextinguibles: uno más pronunciamientos».

VI

Mas las grandes transacciones entre la democracia de un lado y el ejército y el clero de otro, fueron obra del partido posibolista, y sólo del partido posibolista, en su gobierno. ¿Valía la pena de llamarse radical y revolucionario para luego vanirse con un egoísmo ferrocísimo al clero y al ejército y al episcopado y al Papa? ¿Valía la pena de llamarse radical y revolucionario y republicano para luego vangloriarse de que un gobierno monárquico, cual aquel que presidió el jefe de los revolucionarios, el gobierno ejercido a nombre de un rey, bajo una monarquía, en cuyo seno entraron hasta los conservadores, fue mucho más liberal y democrático que el gobierno republicano de Figueras, que el gobierno republicano de Pi, que el gobierno republicano de Salmerón, que el gobierno republicano de Castelar, poniéndose junto a Montero Rios, junto a Morat, junto a Puigcerver, junto a Romero Girón, y demás ilustres demócratas, aferrados unos a la indiferencia en el punto de formas políticas y aferrados otros al dogma de una superioridad incontestable del principio monárquico sobre la República, por responder con mayor seguridad al alcanzamiento de las libertades humanas y al desarrollo de las democracias modernas? Yo se lo perdono al jefe de los progresistas, porque yo declaro su gobierno monárquico mucho más liberal que mi gobierno republicano; lo que fue a la verdad mucho menos gobierno, muchísimo menos que mi gobierno, por no atreverse a proceder, ni con las facciones de la izquierda, ni con los facciosos de la derecha, como yo procedí, pero no se lo perdonará nunca los jefes de las facciones republicanas militantes; no se lo perdonará Pi, jefe de los federales; no se lo perdonará Salmerón, jefe de los centralistas; no se lo perdonará Rispá, jefe de los orgánicos; no se lo perdonará Carvajal, jefe de los gubernamentales; no se lo perdonará ninguna de las facciones reunidas bajo el común denominador de la revolución y justa en el convenio republicano coalicionista. Y lo más grave de todo el manifiesto; lo que mayormente prueba la retrogradación de su autor en las vías revolucionarias, patentizo su terrible amenaza dirigida con tanta formalidad a los anarquistas, porque quieren sublevarse contra la sociedad y el Estado, amenaza blanda con mucho poco después de haber propuesto una sublevación contra todos los gobiernos monárquicos, como el único medio conducente a la victoria y organización de los acariados ideales progresistas. ¿Cómo? ¿Con que las revoluciones y los procedimientos revolucionarios han de quedarse como un privilegio

los burgueses y han de ser los sólo permitidos a los burgueses? El jefe de los progresistas se cura en salud; se anticipa en su previsión a los tiempos; se acuerda desde su poyo del proletariado anarquista que está un poquito más abajo; y cuando todavía no ha llegado el al brocal, ni podido respirar el aire y recibir la luz, dícele a los otros que tiene resuelto fusilarlos, si lo imitan a él, y como él acuden a la violencia. Pues no le van a tirar poco de las piernas estos deshebrados, mientras él suba; y no le van a armar loío fierbo, en cuanto al brocal se asome junto a sus burgueses progresistas, de tan buena pasta, y con las ideas honestas y las honestísimas personas de estos se proponga organizar un gobierno contra los anarquistas y su anarquía. Créanos los de las revoluciones, créanos; se lo deducen con toda convicción; cuando cualquier conspirador pase por un escarapate de París, y vea su retrato, condecorado con tantas mercedes grandes, cruces, como lleva él por sus prendas y por sus servicios, entre las cuales hay algunas, con la derecha de llamarse primo hermano de los reyes; y junto a su retrato vea el de Vauflant con su luz, y el de Pallás con su bombón, dirá pasando los ojos en las banderas y en las venetas, muy honradas, muy honrosas, pero muy aristocráticas, y luego volviéndolos a los utensilios de muerte y destrucción: he aquí los revolucionarios verdaderos.

Pero no hay únicamente por la izquierda
 sino al fuerzas revolucionarias, comprometidas
 a concluir con el Estado moderno, auto-
 jándosele xtre nadamente restrictivo; hay
 por la derecha social fuerzas revolucionarias,
 también, comprometidas a concluir con la
 moderna sociedad, autojándosele demasiado
 democrática. Estas fuerzas reaccionarias
 en intensidad y número superan a todas
 las fuerzas progresivas juntas. Si las ideas
 no contaran por fortuna con el espíritu
 de nuestro siglo, y las primas por el espíritu
 de nuestro siglo no fueran contrabidas,
 estaríamos los liberales en el destierro y los
 carlistas en el trono. Treientos mil hom-
 bres necesitamos hace poco poner en armas
 contra ellos; y seis inaceabables años consumi-
 mos en derrotarlos, para lo cual apalaron
 los institutos sociales a todos los jefes del
 partido liberal, desde Alfonso XII hasta Estan-
 islas Figueras y a todos los recursos ateo-
 rados en los senos de las ideas progresivas.
 Oraciones de nuestros conventos, indios de
 nuestro clero, muchedumbres en copia tal
 como nunca las vimos pasar nosotros bajo
 nuestros populares pabellones, provincias in-
 domables, fuertes erizigos en cordilleras in-
 accesibles, batallones disciplinados, nume-
 roso concurso de la universal reacción euro-
 pea, regiones enteras con la totalidad casi
 de sus ferriedas; todo esto contó en su pro-
 la guerra carlista, cuyos aterradores im-
 ptes y cuyos tenaces empeños estallaron al
 cabo en la pujanza del ejército y en la pro-
 videncea del Eterno. He ahí revolucionarios
 de otra importancia, de otra calidad y natu-
 raleza, de otros medios que los anarquistas;
 más verdaderos revolucionarios, por el culto
 a la violencia. Y así, nada me asombra y
 maravilla menos que sus elocuentes y con-
 tinuas excitaciones a destruir esta sociedad
 liberal y democrática, donde ninguna cosa
 que les pertence encuentran. Las viejas
 instituciones absolutistas, entre feudales y
 teócratas, sustituidas están por la soberanía
 nacional; el Auto de Fe horrosos en que
 las hogueras achicharraban a centenares de
 infelices por la Cátedra, donde se da la llama
 del pensamiento emancipado; la tasa, que
 destruía toda competencia, y el gramin, que
 paralizaba toda grande actividad, por el
 cambio y por el trabajo libre; la censura
 recelosa, cuyas prohibiciones abogaban las
 ideas, antes de nacer, en las entrañas mis-
 mas de nuestra conciencia, por el periódico
 y por el volumen tratados y difundidos
 de la espontánea libertad social; el suelo, que
 amayorazaba una familia de odiosos pri-
 vilegios y amayorazaba un clero de sumas ri-
 queza, división y fcamendado por el poderoso
 elemento de la propiedad individual; en alas
 aquellos tres brazos, desmayados y tiolos en
 los tiempos constituidos, pero representantes de
 las cartas constituidas en clases varias con
 atribuciones y facultades diversas, por Cuen-
 tos Colegisladores, nombrados en comicios
 de sufragio universal; la justicia del rey ab-
 soluto por los jurados del pueblo; de modo
 que no queda en pié un sólo templo, ni un
 sólo dios antiguo, únicamente quedan los sa-
 cerdotes, parecidos a los postreros reflejos de
 la vieja religión pagana, quienes se congregan
 en el altar de la Victoria, proclamando la
 eternidad de sus ídolos, en el terrible momen-
 to para ellos, en que ascendían triunfantes
 al Capitolio los germanos y los católicos
 martirizados é inermes salían de las cata-
 cumbas y pasaban a una con sus simulacro
 santisimos y con sus procesiones religiosas
 de los arcos triunfales del Faro. Vencidos en
 todas partes por las ideas los carlistas, mas
 guardadores de inmenas fuerzas aún se re-
 vuelven contra una sociedad fundada sobre
 la ruina de sus instituciones, y proclaman
 la guerra santa, es decir, la guerra exter-
 minadora, porque sólo entre los horrores de
 una guerra exterminadora, podrían alcanzar
 su acariciado efímero triunfo. La violencia
 corresponde a la imposibilidad patente del
 ideal carlista. Mas, ¿que decir del apoyo pre-
 stado, u ofrecido, por algunos órganos del ra-
 dicalismo, que debieran defender las ideas y
 las instituciones democráticas, y esos eter-
 nos conspiradores y facciones, conjurados
 contra todas nuestras libertades? Que un
 error tan grave, como la revolución eterna,
 y como la violencia eriziga en único medio
 de llegar al deseado logro de instituciones
 más o menos radicales, un error así conde-
 nado a confundirse durante su combate con
 los carlistas exterminadores que los parali-
 zaban contra la demagogia en las montañas
 del Norte, hallándose al postrre frente de los

en descubierto, ó termine en fin del presente mes, se sirvan renovarlo antes de dicha fecha, si quieren tener derecho á los «Regalos» de libros que venimos ofreciendo.

En 1.º de Febrero próximo, y siguiendo la costumbre establecida, giraremos á cargo de los que se hallen en descubierto, el importe de un semestre de suscripción, entendiéndose renuncian á los libros de regalo ofrecidos.

BOLSA DE MADRID

18 de Enero.—A las cuatro de la tarde.

Interior, 4 por 100 contado.....	67'35
— — — — — fin actual.....	67'20
— — — — — fin próximo.....	67'35
Exterior, 4 por 100 contado.....	77'05
Amortizable, 4 por 100.....	77'7
Alíneas Cuba 1888.....	107'80
— — — — — 1890.....	95'90
Acciones Banco España.....	371'00
Compañía Arrendataria Tabacos.....	164'00
Paris vista.....	22'00
Londres vista.....	80'68

A la ciudad hora, se conocen los siguientes cambios:

BARCELONA

Interior 4 por 100..... 67'10

Exterior 4 por 100..... 77'05

PARIS

Exterior 4 por 100..... 68'40

Renta francesa 3 por 100..... 98'16

LONDRES

Exterior 4 por 100..... 00'00

Bolsa de París

(Telegramas de nuestro servicio propio)

Paris 18 (4'45 t.)

Renta francesa, al 3 por 100, 98'21.

Exterior, 4 por 100, 72'21.

Italiano, 63'43.

Egipto, 49'18.

Oriente, 59'60.

Turco, 23'27.

Portuguesa, 20'31.

Acciones

Ricinto, 363'00.

Norte de España, 112'00.

Madrid, Zaragoza y Alicante, 153'00.

Bolsa de Barcelona

Telegramas de nuestro corresponsal)

Barcelona 18 (10'10 a.)

4 por 100 Interior, 67'10.

Idem exterior, 77'10.

Banco Hispano Colonial, Acciones, 0'431.

Ferrocarriles Norte de España, 28'80.

— Francia, 24'85.

TEMPERATURA

A las ocho, 8.

A las doce, 11.

A las cuatro, 10.

A las seis, 8.

Máxima, 12.

Mínima, 4.

Barómetro 710.—Variable.

MADRID 1891.—Imprenta de EL GLOBO.

LOURDES

La empresa de "EL GLOBO", ha adquirido del gran novelista francés **EMILIO ZOLA** el derecho

exclusivo de traducir y publicar en España la novela **LOURDES** que, aún no concluida, despierta ya palpitante interés y origina empeñadas controversias, lo mismo en las esferas religiosas que en los círculos literarios.—Nos imponemos con mucho gusto el sacrificio, no pequeño en verdad, atendiendo á la excepcional valía de una obra que así para los creyentes como para los escépticos, ha de tener importancia capitalísima y que aparte del mérito intrínseco, siempre indisputable en las de **ZOLA**, está llamada por su asunto á producir verdadera sensación en ambos continentes.

Comenzará la publicación á principios del presente año de 1894, y se hará simultáneamente en París, en Londres, Nueva York y en Madrid, donde nosotros tenemos la exclusiva para el folletín de "EL GLOBO".

ESPECTÁCULOS

REAL.—No hay función.

ESPAÑOL.—7.º de abono.

Turno par.—A las ocho y media.—Día de prueba.—Quien más mira.

COMEDIA.—4.ª serie.—A las ocho y media.—Villa Tula.

MODERNO.—A las ocho y media.—La Mascotte.

PRINCESA.—A las ocho y media.—1.ª serie. Turno 1.º.

—La Marquesita.

ZARZUELA.—A las 8 1/2.—El Ángel Guadiana.

LARA.—A las ocho y media.—L'adieu y A la fin de la velada de los Angeles.

Ciertos son los toros.—El 8.º toro gobernador.—(Segundo acto).

ESLAVA.—A las ocho y media.—El cornetín.

—Los voluntarios.—Boda, Tragedia y Guateque del difunto de Chuchita.—El traje misterioso.

APOLO.—A las 8 1/2.—Los descamisados.—El Sr. Luis el tambón ó despacho de huevos frescos.—Cosas de Apolo.—La serpiente.—El día de la Africana.

RESEA (Madrid Moderno).—Sesiones de paficos.—Carreteras de truenos, con premios.—Tiro de salón.—El no automático.—Concier los.—Abierto el parque todo el día.

LA LANA Y EL MOLINO

La ropa que llevas, ¿qué es lo que era no mucho tiempo há? Pues era tan sólo el delgado hilo del gusano de seda, la materia llena de motas del bión de una planta, la lana de la piel de un cordero. Pues supongámonos ahora que el hombre perdiera repentinamente y por completo el poder de convertir en paño ese producto natural. ¿Qué es lo que entonces sucedería? ¡Ah, entonces!

Pues he aquí el párrafo de una carta escrita en Estepona y fechada el 2 de Setiembre de 1893:

«Todo cuanto alimento tomaba, dice el que la escribió, no me daba fuerza alguna; y por qué no? Porque eso parece muy extraño, supuesto que el objeto de la alimentación es darnos fuerza. ¿Es que el alimento no era bueno? Nada de eso. ¿Es que no lo tomaba en abundancia? Nada de eso, tampoco. Rátonces, ¿por qué no surtía el debido efecto? Pues por la misma razón de que la lana ó el algodón, en su estado natural, no sirven para hacerte un traje. ¿Has pensado en esto alguna vez? Y, sin embargo, es cierto; considero un momento.

La carta continúa del modo siguiente: «Durante cuatro años había estado sufriendo de una enfermedad para la cual había estado siempre muy lejos de hallar cura. Arrojava con frecuencia, y me iba adelgazando de día en día. Usaba diversas medicinas y clases de tratamiento sin resultado, ni san el más pequeño. Pasaba el tiempo, y yo continuaba perdiendo fuerza, hasta que por fin me puse tan débil que temí no recobrarla ya nunca la salud. Pero afortunadamente cayó en mis manos un folleto conteniendo una relación de una preparación (no ha mucho introducida en España) que se decía poseer eficacia maravillosa para las enfermedades como la que yo sufría, y animado, ya que no convencido, por las relaciones, allí impresas, de notables establecimientos debidos á su uso, me fui en seguida á la Farmacia del Sr. D. José Aragón y compré, como prueba una botellita. A la primera dosis empecé ya á hallar alivio, y después de haber tomado la preparación durante dos meses estaba completamente curado. Había consumido en total sólo cuatro botellas. Eso ten notable y eficaz remedio era el Jarabe Curativo de la madre Seigel. Por el bien de todos aquellos que sufran de la manera que yo sufrí, le suplico se sirva publicar esta expresión de mi profunda gratitud. Quedo de usted (firmado) Francisco Clavero Savilla.—Estepona, provincia de Málaga.»

Ahora bien. ¿Hay alguna relación entre esto y el ejemplo con que he comenzado nuestro artículo? Veámoslo de nuevo: Antes de que la lana ó el algodón estén en disposición de poder servirnos de ropa, deben pasar por el proceso de la manufactura; esto todos lo sabemos; y así mismo el alimento para darnos fuerza y para hacer crecer el cuerpo debe convertirse en rica y roja sangre. La fábrica donde eso se verifica es la digestión, incluyendo el estómago, los intestinos y el hígado; pero cuando la fábrica de la digestión no funciona, es completamente inútil, pero aún que inútil, porque se convierte en el veneno del cuerpo.

El Sr. Francisco Clavero Savilla padecía una enfermedad, que era la paralización de la maquinaria digestiva, y casi le hubiera hecho más bien el privarse de alimento que el tomar toda la cantidad que tomó de él. No hay estado que sea más peligroso; y, a menos de que se halla remedio para él, será fatal, pues la muerte está esperando en la estación de aquel camino. El paciente parece de ne cesidad, como perecería de frío si no tuviera ropa. Y, sin embargo, todavía hay personas tan poco juiciosas que hablan con ligereza de la indigestión y de la dispepsia.

Nunca, sin embargo, hablan así después de haber sufrido sus horrores y peligros.

La preparación del Jarabe Curativo de la Madre Seigel consiste en su poder para poner en movimiento esa maravillosa máquina que transforma el alimento en rica sangre. Y la sangre es vida.

Si el lector se dirige á los Sras. A. J. White, Limitado, de 167, calle de Cárpe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarse gratuitamente un folleto ilustrado que explica las propiedades de este remedio.

El Jarabe Curativo de la Madre Seigel está de venta en todas las farmacias, droguerías y expendurias de medicina del mundo. Precio del frasco, 14 reales: frascito, 8 reales.

REGALOS A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE EL GLOBO

Consecuente esta Empresa con el ofrecimiento de años anteriores, regalará á todos los suscriptores que abonen en esta Administración, ó remitan directamente el importe de un año, UN TOMO á elegir entre los que á continuación se expresan:

Hortado de Mendoza.—Obras en prosa.

Quevedo.—Obras satíricas y festivas.

D. que de vivos.—Sublección de Nápoles.

Alcázar Galiano.—Recuerdos de un anciano.

Manuel de Melo.—Guerra de Cataluña y Política militar.

Cristóbal Colón.—Relaciones y cartas.—Un tomo.

Barragán.—Los novios, traducción de D. Juan Nicasio Gállego.

Melo.—Poemas y fantasías, traducción en verso de D. José J. Herrero.

Caniceno.—Las fustadas, traducción en verso de D. Llamas Gil.—Poesías selectas.—Traducción del mismo.

Rosset.—Oraciones fúnebres, versión castellana de D. Francisco Navarro y Balvo.—Un tomo.

Dr. Barcel.—Marruecos, un tomo.

Cáceres (Acacio).—Cavadonga, un tomo.

Muñiz (Eugenio).—Conversaciones familiares sobre los grandes descubrimientos modernos, un tomo.

González Serrano (Urbano).—Psicología del amor, un tomo.

Los suscriptores que abonen en iguales condiciones seis meses, recibirán UN TOMO á elegir entre los del siguiente catálogo de novelas:

Belat (Adolfo).—Loca de amor, un tomo.

La culebra (continuación de Loca de amor), un tomo.

Las corbatas blancas, un tomo.

La explotación del secreto (continuación de Las corbatas blancas), un tomo.

La Piedad, un tomo.

Melitina, un tomo.

Quinientos mujeres para un hombre solo, un tomo.

Claretie (Julio).—(De la Academia francesa).—Juan Mornas, un tomo.

Noris, un tomo.

Santiaguito, un tomo.

Un diputado republicano, (Michal Barbier), un tomo.

Una mujer de genio, un tomo.

Roberto Burat, un tomo.

El Príncipe Zilah, un tomo.

La casa vacía, un tomo.

Candidato, un tomo.

Cuentos y novelas escogidas de Balzac, H. Flaubert, Edgar Poe, Schol, etc., etc., un tomo.

Belplé.—Cadena rota, un tomo.

Las representaciones de la vida, un tomo.

Toda corazón, un tomo.

Gaboriau (Emilio).—Matrimonios de acen-

tura, un tomo.

Los hombres de paja, un tomo.

El dinero de los otros (continuación de Los hombres de paja).

Gautier.—Fortunio. La muerte enamorada, un tomo.

Novelas cortas, un tomo.

Loti (Pierre).—Mi hermano Ives, un tomo.

Recuerdos de destierro, un tomo.

Azyade, un tomo.

Flores de hada, un tomo.

El casamiento de Loti, un tomo.

Madame Chrysanthème, un tomo.

La historia de un Spahi, un tomo.

Japonesitas de color, un tomo.

Sand (George).—El castillo de Fiamarande, un tomo.

Los dos hermanos (continuación de El castillo de Fiamarande), un tomo.

Mi hermana Juana, un tomo.

Cesarina Dietrich, un tomo.

Indiana, un tomo.

Juan de la Hoca, un tomo.

Zola (Emilio).—El vientre de París (dos tomos).

La fortuna de los Rougon, dos tomos.

La conquista de Plassans, dos tomos.

Los señores que en iguales condiciones abonen un trimestre de suscripción recibirán como regalo UN TOMO á elegir entre los siguientes:

Aramblat.—Agnes, un tomo.

La vida.—La tela de araña, un tomo.

Sand (George).—El marqués de Villemor, un tomo.

Un tomo con un bonito retrato en la cubierta.

A. Perera.—Un amor del infierno.

Exposición de Filipinas, un tomo en 4.ª mayor con grabados. Colección de artículos sobre la Exposición.

Discursos pronunciados por D. E. Caster en el Congreso el 7 de Febrero de 1893.

Para que los libros que se envíen por correo no sufran extravío abonarán 0'75 pesetas para certificado. Esta Administración no responde de los que se remitan sin certificar.

El suscriptor que se refrane en renovar su abono y esta Administración tenga que girarle, perderá todo derecho á los regalos que se ofrecen.

COMPANÍA VASCO-ANDALUZA Ibarra y Compañía.

Salidas fijas semanales del puerto de la Gornia

Hasta sorredad y antigua Empresa, que omite las con puntos vapores, ha fijado sus salidas. Jueves.—Para Carril Vigo, Huelva, Cádiz, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia, Tarragona, Barcelona, Cádiz y Marbella. Miércoles.—Para Gijón, Santander y Bilbao. Jueves.—Para Carril, Vigo, Cádiz y Sevilla. Sábado.—Para Santander y Bilbao.

La carga que no esté embarcada los días fijados antes de las dos de la tarde no podrá ser admitida.

Sea á cargo de la Empresa los gastos si por fuerza mayor no pudiera ser embarcada. Consignatarios en la Gornia, D. Nicandro Fariña, al lado de la bahía á Salva.

MALES DE LA VEJIGA

ORINA

Corrección pronta y radical con el empleo de las corrientes continuas de los católos crónicos de la vejiga, enfermedades de la próstata, espermatorrea, debilidad genital, orina con pocos, incontinencia, etc.—Consultorio Médico, Arana, 1.

POR DESOCUPAR EL LOCAL

20 por 100 de rebaja en los precios marcados.

CARMEN, 43, TIENDA

FOLLETIN DE "EL GLOBO" 14

254 DIAS

ALREDEDOR DEL MUNDO

una hormiga. Las hay que han perdido su casta comiendo.

—Y los brabimones, ¿qué dicen?

—Oh! esos son grandes farsantes; hacen todo lo que es su pida por el dinero; no tenemos en ellos ninguna confianza.

—Pensando á otra cosa, le dije:

—Soy joven, ¿cómo tratáis la cuestión femenina? porque no hay mujeres en ninguna parte.

—Ah! no hay aventuras en las Indias. Los oficiales, mediante 30 rupees al mes, pueden tener un conchelo en una casa especial. Para los soldados se han establecido en los cantones refugios á su servicio. En Londres, se ha llamado mucho sobre la inmoralidad; se han querido suprimir estas tristes instituciones; pero el soldado, entregado á todas las incertidumbres, ha invadido bien pronto los hospitales. Entonces, respetando siempre los sentimientos de los moralistas, se han establecido los refugios bajo la forma de santuarios por causa de necesidad pública, sin consultar siquiera á la metrópoli.

—En este momento atravesábamos el Indus.

—Es lástima que sea de noche, me dijo, y que no pudiese ver nuestras defensas contra los rusos, porque aquí es donde se verificó la primera batalla, si es que alguna vez tendrá lugar.

—No lo creas, pues? preguntó.

—No; por dos razones. La primera, porque es imposible transportar aquí una tropa de 10.000 hombres con todo lo que exige el armamento moderno. La segunda razón, es porque no osarían apartar las tropas del interior del imperio á causa de los nihilistas.

Aunque todo esto fuese dicho en un francés digno del inglés que yo hablo, comprendí que mi joven oficial no carece de inteligencia.

Espero que no morirá en Miransai (1).

—

Amritsar.—El templo de oro.—La comidilla de los bonzos.—Una visita al raja de Kapurthala.—Santa Lucia.

—Una casa frustrada.—Una faranga de perlas.—El príncipe en casa de un príncipe sick.

—

Amritsar, 20 Enero.

Soy hábil y doctos cosas que hacer aquí; ver el templo de oro y comprar chales y tejidos de fabricación local.

A tal señor, tal honor. El templo desde luego.

(1) Algunos días después, he leído en los diarios, que se había verificado un primer encuentro entre las tropas y las tribus revoltosas.

La ventaja había quedado por los ingleses, que empezaron por incendiar tres pueblos.

La nieve, que caía en abundancia, había tenido este género de sport, que volvió á comenzar más tarde.

Desde entonces, la guerra de exterminio ha continuado en tales proporciones, que algunos diarios de Londres han vituperado esta severidad. Pero la administración inglesa, sosegada, liberal y no apasionada indiferente, se vuelve despiadada cuando es preciso afirmar la seguridad de sus posesiones en el mundo.

Está cubierto de oro, rodeo no dorado más ó menos ligero, sino de placas de oro puro, así como algunas de nuestras habitaciones en Europa están cubiertas de zinc.

He visto muy de cerca las placas del precioso metal: están fijadas por pequeños clavos también de oro.

El templo está construido sobre una pieza de agua destinada á las abluciones de los fieles.

Al llegar á una pequeña plaza, se ve á un lado un bello edificio todo dorado: este no es el templo, sino la casa de un rico hinduista.

A la izquierda está el templo, que resplandece al sol y refleja en el agua su linda silueta.

Conduce al templo un puente de mármol blanco, de gran elegancia, cuyos parapetos están horadados. La entrada de este bello puente está cerrada por una puerta, de la que un lado es chapado de plata y el otro de fina marquetaría de nácar y mármol.

El puente está adornado de veinte linternas, recubiertas igualmente de oro.

Dando vuelta al templo, siempre á orilla del lago, se encuentran también linternas iguales.

En los cuatro ángulos micaretes de forma graciosísima, también cubiertos de oro.

El interior del templo es muy reducido; hay muchas puertas, grandes y pequeñas, que son de plata.

El interior es igualmente de oro, salvo algunas molduras que son doradas.

Imposible es ver nada más encantador que este montón de platería, que debe representar un gran tesoro.

Viendo tal profusión del precioso metal, he pensado en la relación de Marco Polo, que había visto en Cathay (China) todos los monumentos recubiertos de plata maciza.

Cuando entré en el templo estaban en oración.

Una docena de bonzos estaban agrupados alrededor de un tapete, cubierto de lienzo blanco, sobre el que se pasaban pelonas y plevonas, que parecían montañas de grano.

Estos sacerdotes parecían niños haciendo con midas. Cantaban acompañados por dos tarabucas y un instrumento de cuerdas.

No me pareció esto en armonía con la seriedad con que me quitaron los zapatos para reemplazarlos por sandalias. Hubiese reído de buena gana, pero sabía que un extranjero no es admitido en los templos Sick, sino cuando se trata de los monumentos de reputación universal.

Lo Amritsar estuvo acompañado por un gendarme indiano, y debo decir en honor á este militar que rehusó mi ofrenda.

Era esta la primera vez desde que estaba en las Indias, que rehusaba la moneda.

La religiosidad de los Sick es excesiva, ó por lo menos existe y se mantiene así en la forma.

Dos días después fué á visitar otro templo Sick, acompañado por un joven babou. En cuanto pisó el suelo del santo lugar, oyó un grito de terror: el babou me detuvo por el brazo como se hace con el que va á caer al agua, y me dijo:

—¡No es conveniente ir más lejos!

22 Enero, chez HH. Jagatjit-Sing, Rajá de Rajgan de Kapurthala.

Habiéndome enviado un amabilísimo telegrama en francés, el joven y soberbio rajá que en la soirée de Lyall en Lahore, me invitó á hacerle una visita, me he personado en sus estados.

Encontré en la estación de Katapur un coche que en una hora me condujo al pequeño reino.

Se me dio instalado en un pabellón, muy cerca del palacio donde encontré todo preparado para un buen desayuno.

Poco tiempo después, un ayudante de campo, joven, elegante y muy hermoso muchacho, vino á buscarme para conducirme á casa del rajá.

El príncipe es un hombre de progreso. Tiene teléfono, fonógrafo y luz eléctrica. Ha empezado, como en nuestro país, por hacerme recorrer su palacio. Este está amueblado á la moda; pero con muebles ingleses. Su sueldo es de 100 mil y volví con un tapicero que le haga un interior parisien.

No hay en este palacio nada del viejo estilo indiano; por más que no conviene fiarse, porque lo interesante en casa de estos principitos está en lo que no se ve.

Después de esta primera entrevista, he dado un paseo por la ciudad y sus alrededores, en un elegante faeton guiado al trote por el capitán Sunder Sing, el ayudante de campo.

En el camino nos encontramos un caballero montado, que pareciera con aire pacífico y contento, y se detuvo á la vista de nuestro coche. El capitán me presentó el caballero, diciéndome:

—M..., profesor de canto; italiano.

Un profesor de canto aquí; ¿en este país? (que extraño, pensé. E. italiano, que sin duda comprendió mi pensamiento, me dijo:—Soy el profesor de Su Alteza el rajá.

Juzguese de mi sorpresa. Venía yo buscando